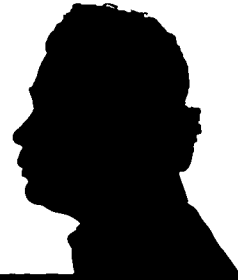


CARLOS RAFAEL DUVERRAN. Costarricense. Ha publicado en poesía los libros *Paraíso en la tierra* (1953), *Lujosa lejanía* (1958), *Ángel salvaje* (1959), *Poemas del corazón hecho verano* y *Tiempo delirante* (1963), *Vendaval de tu nombre —poema a Rubén Darío—* (1967), *Estación de sueños* (1970) y *Redención del día* (premio nacional de poesía “Aquileo Echeverría”, 1971) y dos antologías: *Poesía contemporánea de Costa Rica* (premio “Ancora” de la crítica, 1973) y *Pablo Neruda —selección y prólogo—* (1977). Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Costa Rica, con estudios de lenguaje y literatura en España. Cuenta asimismo con *Notas para una reseña de la literatura costarricense* (LETRAS número 2), trabajo editado por la Facultad de Lengua y Literatura Extranjera de la Universidad de los Estudios de Venecia. Por su libro de poesía *Tiempo grabado* mereció mención honorífica en la versión de 1979 del Certamen UNA-PALABRA de la Universidad Nacional y el premio nacional de poesía “Aquileo Echeverría”, de 1981, obra de la que han sido seleccionados los poemas que este número de la revista inserta.



POESIAS

CARLOS RAFAEL DUVERRAN

de índole marina

De todos mis amores el más constante y fiel
es el que a ti me ata, Ola que vas y mueres
y renaces más viva de tu empuje trizado.
Frente a ti soy un niño. Tú me das otro nombre
elemental y sobrio, y lo escribo en la arena
para que sea borrado por el agua y vuelva a ser escrito.
Todo se ha reducido a un parpadeo de espuma,
a un reverberante azul ilimitado
semejante al ojo con que miran los dioses
desde su abismo. En ti puedo confiar,
poner el pie en la seguridad de tu inconstancia,
ondulación de diosa, ritmo de origen
y roca evaporada que sostiene los pájaros,
alegría extendida firmamento marino.
Porque vengo cargado: traigo una visión polvosa
de caminos y tardes y rostros y ramajes,
ruidos en el corazón, espantosa armonía.
Traigo mis ataduras para que las desates y las vuelvas espuma.
Cansado de lo rojo, del día amarillento,
quiero el plomo o el verde o el Azur de tu guerra.
Por eso olvido todo frente a ti. Y estoy desnudo.

mundo privado

Apaga las luces para que la oscuridad
nos dé un poco de frescura íntima
al fondo del lecho
entre el siseo de las sábanas
no hay orgullo ni vanidad no hay máscara
sólo la piel desnuda cubriendo el alma desnuda.

La noche es larga en la alta hora del viento
el lecho es nuestro barco
y flotan levantadas sus sábanas al viento
y la vida estará cerca de la muerte
a una sola mirada
y oiremos voces nunca oídas que son las nuestras
hablando de nosotros altas lejanas
y nosotros abajo en el fondo
oyendo el chapoteo del agua contra los costados del barco
y el siseo del viento en las sábanas
y la vela que gira se arrolla en la oscuridad
y nos deja desnudos y friolentos y húmedos.

El mundo el viento se ha ido alejando
y no queda más que un poco de calor de los cuerpos
que buscan en lo oscuro.

razón de amor

Tienes razón en todo, excepto en creer que ahora
—separados— lo desatado estará suelto
o lo gozado quedará abolido. Y aunque creas
que negándote niegas la que fuiste
y que rompiendo el hilo romperás el tejido,
el signo de esa hora de infancia que tuvimos
indeleble invisible, grabado en piel con fuego inscrito,
hará de dos seres distintos y distantes
un ser con una muerte para siempre.

boceto del artista

El canto de un pájaro es todo
lo que tengo. (No hice nada
por conquistar el mundo
o el amor que perdí). Lo que me dejó
la altivez para mi noche.

Un puro sonido en la oscuridad,
sobrio pero seguro. Y fiel a una verdad
sin concesiones. Lo que otros tuvieron
que entregar por complacencia
o para sobrevivir.

poema visible

Un hombre de rostro sombrío muy lento baja
hasta el granero abandonado. Las puertas
golpean a otro tiempo, llaman en su lenguaje
de madera. Pero allí nadie responde. Por raros signos
emerge de lo hondo la luz de la Mujer, pero de lejos:
una orfandad en las cosas, un deseo de madre
que trae el aire. Y la estación espera, tambaleante.
El hombre busca sobre la hierba, el Viento lo envuelve
y se lo lleva también, con los ovillos de pasto.
Y las puertas golpeándose.

de verdes y de olores

Regresar a los días encendidos,
volver al suave fuego para siempre.

Al aire que al contacto con la tierra se hizo verde:
el amarillo verde, el verdeoscuro, el verde claro,
el tierno, el verde sombra, el verde agua del agua,
el verde profundo amarilleando, el verde plata,
el verde enrarecido, azuloso verdor de la montaña,
el verdegriís, el verdemar, el verde rubio o azafrán, el esmeralda,
el verde musgo, el zacate verdeando, el verde plátano,
el verde oscureciendo del bosque, el verdegal del campo,
el verdín de las plantas naciendo, el verdinal de los potreros,
el verdete, el verdegay, el verdinoso.

Y los olores rodeándome, dándome el mundo, el campo, la mañana:
el olor vegetal evaporado, el de la niebla blanca,
el vaho de profundas humedades,
el rico olor a infancia de los pastos, el olor de los ríos,
olor de agua entre piedras y de árboles,
el verde amargo del arrayán mordido,
el suave olor azul de las santalucías,
el penetrante olor del pino,
el silencio oloroso de montañas,
el olor transparente del agua cuando nace,
olor cuando la lluvia y de la tierra cuando llueve.

El que nace en la altura y habla de cosas olvidadas,
el que nos da la luz del mar que aún no vemos,
el de las extensiones soleadas, como de mujer, levantándose,
el cálido y cordial de las maderas, el acre olor a tiempo de las piedras,
el olor de las frutas y las mercaderías de provincia,
el olor del amor y de los días.

Toda una perfumada agricultura me envuelve desde lejos
y va conmigo en sangre o en palabra. Cuando hablo o amo
es esa luz del verde o de la tierra que llama desde mí.
Aquel fundido sol, la niebla en la montaña
ayudaron de lejos a escribir el poema.

montaje con dos tiempos

Pálido envejecido viéndote en el espejo
Narciso absurdo con la blanca toalla,
a merced del temblor de la cuchilla
y el olor inmortal de la colonia barata.
Dándote vueltas en la silla
o inclinado astronauta provisorio,
bien puedes repasar aquí tu vida
mientras el tiempo cae nevando.
La tarde se refleja en níquel y en acero,
en lo esmaltado abierto hacia otro cuadro:
en femenina felpa un joven duerme
y entrega porque sí su dulce fuerza.
Hábiles chasquean las tijeras
en las suaves manos de Dalila.